

Bona nit a tothom, buenas noches a todos.

Quiero dar las gracias, las más calurosas y las más sentidas, al Centro Español de Derechos Reprográficos, al Gremi d'Editors, a la Associació d'Escriptors de Catalunya y también, por supuesto, a los miembros del jurado, por haberme distinguido con este galardón que lleva el nombre de un traductor al que ya admiraba yo en mi hoy lejana adolescencia. Quiero darles las gracias, también, en nombre de mi autora, con quien lo comparto. El premio Ángel Crespo, además de un honor inmenso para mí, es, así lo entiendo, el gran reconocimiento – en castellano - a la obra de Tsvietáieva, una obra compleja, peculiar, que exige del lector un trabajo arduo y constante y a la que ha tomado muchos años abrirse paso hasta conquistar el premio que hoy se nos concede a través de, y gracias a, la muy hermosa y muy cuidada edición que Valeria Bergalli (con su equipo) ha hecho de *Viva voz de vida*, uno de los libros más luminosos del Siglo de plata ruso.

No es un secreto que desde hace más de veinticinco años mi labor como traductora está estrechamente vinculada, más, me atrevería a decir, fervorosamente dedicada, a la obra de Marina Tsvietáieva. ¿Por qué? Por amor, por admiración, por empatía, porque como la misma Marina solía decir, “ha de traducir quien no escribe lo suyo o prefiere lo que traduce - a lo que escribe”.

Yo me enamoré de Tsvietáieva antes de saber que Brodsky la consideraba el poeta más grande que diera el siglo XX. Me enamoré de ella, antes de conocer su vida, sus desventuras, incluso su poesía. Me enamoré de ella con la primera carta que le escribe a Rilke: “Rainer Maria Rilke, ¿Puedo llamarlo así? Pues usted, poesía encarnada, debe saber que

su nombre mismo es ya poesía”. Me conquistó ese océano que leía con ella sus cartas, ese viento que se quedaba en el umbral para luego llevarla de regreso al mar, esa negra que comía violetas. Labios azules y violetas azules. Cuando terminé de leer las cartas que se cruzaron Pasternak, Rilke y Marina Tsvietáieva durante el verano de 1926, sentí una necesidad muy grande de comprenderla mejor, de trasladarla a mi lengua, de compartirla. Marina hizo de mí la traductora que soy. Y siempre, desde ese momento, ha sido constante en mí la necesidad de traducirla. De trasladarla al castellano como ella trasladaba a Rilke al ruso. De traducirla entendiendo la traducción como un verdadero acto de amor.

Cita Tsvietáieva unos versos de Voloshin - en *Viva voz de vida*:

“Yo no creo en milagros, mas que dicha
es darse cuenta: ¡el milagro existe!”

y hoy, me hace inmensamente feliz celebrar aquí con ustedes, este milagro de larga, de muy larga convivencia y pasión.

La vida de Tsvietáieva en castellano no ha sido sencilla. La resumo: mis traducciones de su prosa (y un pequeño volumen con 34 de sus poesías que hace poco me atreví a traducir al alimón con Francisco Segovia) están desperdigadas en 14 editoriales de dos continentes. Vio la luz en México, en la editorial Siglo XXI, que entonces dirigía don Arnaldo Orfila. Contagiado, casi diría, rebasado por mi entusiasmo, publicó las *Cartas del verano de 1926* en 1984. Y sus primerísimos pasos, ya aquí, en Barcelona, Marina los dio en Anagrama, acogida y apadrinada por Jorge Herralde que nos abrió las puertas de su editorial, recién llegada yo a Barcelona. Mi agradecimiento eterno. Desde

entonces, Marina y yo hemos recorrido juntas un largo camino. Mi gratitud – enorme - a esos catorce editores que han creído en Tsvietáieva, y en mí, y han trazado el sendero que nos ha conducido hasta el festejo de esta noche.

Pero, ¿por qué es tan “difícil” la escritura de Tsvietáieva, por qué tan “intrincada”, tan “poco accesible”? Yo creo que ella misma da respuesta a esta pregunta cuando, en uno de sus cuadernos de trabajo, reflexiona a propósito del universo poético de Pasternak: “Pasternak no lo da todo mascado – dice -. Pasternak lleva al lector a la mina: ‘¡aquí hay oro – extráelo! Yo ya me he dejado la piel, ahora te toca a ti’... Y sólo el lector que está dispuesto a realizar una colaboración así con el poeta, es recompensado íntegramente. Escucha el sentido más profundo del texto, su música, sus armónicos – y encuentra aquello que hará de él una persona distinta”.

Si Tsvietáieva exige una colaboración así del lector, ¿qué se puede decir del traductor que mira y admira ese oro en su mina de origen e intenta transportarlo sin que éste pierda el brillo!...

¡Cuántas veces he oído que Tsvietáieva es intraducible! ¿Intraducible? ¿Por qué? “Todo poema es la traducción de lo espiritual a lo material – dice ella misma -, es dar con palabras los sentimientos y los pensamientos. Si ha sido posible hacerlo una vez traduciendo el mundo interior con signos exteriores (¡lo que roza el milagro!), ¿por qué no podría restituirse un sistema de signos con otro? Eso es mucho más sencillo: en la traducción de una lengua a otra el material está expresado por el material, la palabra por la palabra, lo que siempre es posible.” Esta reflexión ha sido para mí de gran apoyo a lo largo de los años cuando me

he tropezado con juegos de palabras que podrían parecer intraducibles, o con palabras inexistentes en los diccionarios rusos pero vivas y tremendamente activas en el léxico tsvietaieviano, por ejemplo.

Casi imposible de traducir me parecía el título de este bellissimo libro que dedica a la memoria de su amigo, el poeta y pintor Max Voloshin. Durante casi dos décadas estuve dándole vueltas. En ruso suena así: _____ _ _____. Un título expresivo, conciso, indiscutiblemente tsvietaieviano. Son sólo tres palabras: _____ _ _____. Si desentrañáramos lo que está detrás de esas tres palabras aparecería algo así como “Una palabra viva (o un relato vivo) a propósito de un hombre que está vivo”. Pero... ¿y la concisión? ¿y la expresividad? ¿Y el juego de sonidos? Tras muchos años de buscarlo, llegó.

Y llegó para llevarme a Crimea, tierra de mitología, patria de las Amazonas, lugar por el que Orfeo se adentró en los Infiernos y donde hoy reposa Max Voloshin.

Yo no llegué a Koktebel en un canturreante carricoche, como Marina casi cien años antes, pero sí tras perderme en los dédalos de esa Crimea Oriental. No encontré ya una bahía en tierra baldía, pero sí el perfil de roca que se adentra en el mar, el perfil de Max. No tuve la impresión de entrar en la *Odisea*, pero sí pisé la sequedad de esa tierra koktebeliana, oí las jaurías de perros salvajes y contemplé el mar liláceo a los pies de la casa del poeta. En Koktebel hallé no sólo la luz, los colores, la menta, el absintio y la manzanilla de esa tierra cimeria que cautivó a Marina, encontré también un par de fotografías inéditas de Tsvietáieva sepultadas en los archivos de la casa, hoy museo, de Voloshin y, entre los miles de tomos de la biblioteca, oculto detrás de

los caballetes y de los lienzos, perdido entre los modestos milagros cotidianos del mar y del bosque, el mítico *Álbum vespertino*, el primer poemario de Marina, un volumen pequeñito, delgadito, pero... ¡con las correcciones que en los márgenes hiciera a sus poemas de 1910 la propia Tsvietáieva en una de sus estancias en Koktebel!

Viva voz de vida es, lo dije al principio, un libro luminoso, el más luminoso y risueño de toda la obra de Tsvietáieva. Son sus recuerdos sobre una amistad de juventud, sobre su propia juventud, cuando fue feliz en ese universo llamado Koktebel. En el centro del relato - Voloshin, grande, sabio, bueno, un pesado oso rizado, un Zeus que atraía a su órbita, como si de un planeta se tratase, a poetas y artistas. Cito: “Max era la esfera terrestre, en la que - ya se sabe - hay montañas, y altas, hay abismos, y profundos y, sin embargo, sigue siendo una esfera. Y giraba él, indiscutiblemente, alrededor de cierto sol, del que tomaba su luz, y al que daba su luz. Sa-te-li-ta-rio: en esta larga, en esta alargada palabra está dado todo Max con la gente - y sin la gente.”

Viva voz de vida es una muy hermosa apología del Hombre. De un hombre capaz de salvar, en los terribles años de la revolución (uno de los telones de fondo del libro), a los rojos de los blancos pero también a los blancos de los rojos, un pacifista, un pacificador, como lo llama Marina, un hombre cuya especialidad en la vida era - reunir, y no separar, un hombre con una marcada pasión mitocreadora y que nunca perteneció a ningún partido político: Cito: “Max no tenía convicciones políticas, tenía una convicción del mundo, no tenía una concepción del mundo, lo creaba. La creación del mito es la creación del mundo, y durante los últimos años de su vida y de su lira, Max creó el mundo de nuevo”.

Me llena de júbilo que el premio Ángel Crespo sea para la voz de Marina, tan viva y tan llena de vida.

Muchas, muchísimas gracias de nuevo.